

Una buena caja de herramientas

Por Fernando Vallespin

ENSAYO. SI ESTA METÁFORA no estuviera tan manida, la mejor forma de reflejar el contenido de este libro es como una "caja de herramientas". Porque en él se encuentran gran parte de las principales cuestiones que inevitablemente hemos de suscitarse cuando hoy reflexionamos sobre la política y sus límites. Y el verbo elegido, reflexionar, lo empleo en su sentido más noble. Innerarity elude la mera descripción de lo existente para ir al fondo de las cosas. No se deja llevar tampoco por el gesto de lamentación moral ante un paisaje democrático tan alejado de su supuesto ideal, como si cualquier otro momento histórico hubiera sido mejor. Su mirada no es, por tanto, ni la del politólogo al uso ni la del filósofo, sino una curiosa mezcla de ambas. Y para ello elige la forma de exposición que parece más adecuada al objeto analizado: el fragmento.

Si, como pretende el autor, urge hacer un diagnóstico de lo que pasa, no haríamos justicia a su complejidad encerrando su representación en un gran relato que permitiera el encaje de todas las piezas. No, la estrategia debe ser mucho más modesta a la par que analítica, ir a un despiece de los temas y conceptos para que luego el lector los recomponga como mejor sepa. Como nos dice en la introducción, los tiempos de indignación son tiempos de desorientación. Hemos perdido

ya las viejas certidumbres y nuestra incompreensión del mundo en que vivimos tiende a excitarnos las pasiones más que el raciocinio. En parte porque, ya sea por las nuevas tecnologías, por el alocado tempo en que vivimos o por un espacio público lleno de ruido y furia, muchas veces somos incapaces de comprender cuanto nos rodea. Y esto es peligroso en un sistema que se predica como democrático; es decir, que nos concierne a todos porque estamos llamados a conformarlo y a participar de él. La cuestión no es cómo debemos vivir, sino qué hemos de comprender para salir de este estado de frustración.

La parte más jugosa es aquella en la que enfrenta la realidad de la política a sus muchos tópicos, como cuando habla de la clase política o de las muchas formas en las que esta se practica. El centro del libro es, pues, la "condición política" y sus múltiples ropajes. Aunque esto no es más que una fórmula para simplificar la riqueza de temas que se integran en él, desde la crisis de la acción política provocada por los mercados, pasando por la de los sistemas de intermediación política o la complejidad del gobierno multinivel, por sólo mencionar algunos cogidos casi al azar. Por concluir, diría que estamos ante un libro imprescindible por parte de uno de nuestros principales intelectuales públicos. Tiende además la ventaja de ser generoso con el lector: por su claridad y porque le permite entrar y salir de él leyendo los diferentes ensayos como piezas aisladas. Todo un acierto. •



La política en tiempos de indignación

Daniel Innerarity
Galaxia Gutenberg
Barcelona, 2015
352 páginas
18,50 euros

La grosera invasión del materialismo

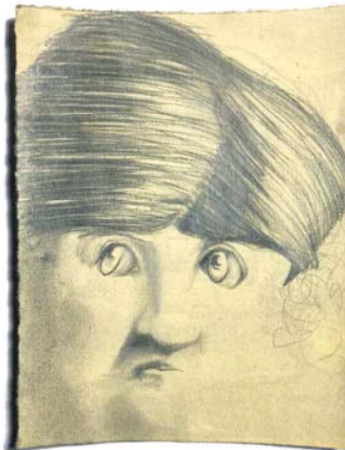
Willa Cather ofrece una reflexión de la más alta calidad literaria sobre el sentido de la vida en *La casa del profesor*, un libro de 1925 sobre la decadencia social de los grandes ideales

Por José María Guelbenzu

NARRATIVA. EN 1923 WILLA CATHER publica *Una dama extraviada* (editorial Alba) y en 1925 *La casa del profesor*; ambas, novelas cortas; en ambas, una Willa Cather en la cumbre de su arte narrativo. Antes de estas dos, en 1918, había publicado una obra maestra: *Mi Antonia* (Alba); después de ellas aparecería, en 1927, *La muerte llama al arzobispo* (Cátedra), otra obra maestra. Estos cuatro títulos colocan a la señora Cather en lo más alto de la narrativa norteamericana del siglo XX.

No es casualidad que *La casa...* y *Una dama...* tengan un tema en común: la decadencia social de los nobles ideales. El drama vital del profesor St. Peter es que no soporta la grosera invasión del materialismo en la vida norteamericana. Ha publicado con éxito los cuatro primeros volúmenes de su obra magna, *Aventureros españoles en Norteamérica*, y su esposa le ha animado a comprar una casa nueva y adentrarse en el mundo del éxito y el dinero. Su hija mayor, Rosamond, ha contraído matrimonio con un animoso oportunista que se ha hecho rico al explotar la patente del trabajo de investigación de un alumno de St. Peter, Tom Outland. Tom fue acogido por la familia hasta su muerte en el frente en la I Guerra Mundial. La menor, Kitty, se ha casado a su vez con un hombre con talento al que el éxito le hace perder la exigencia intelectual.

St. Peter decide mantener la casa vieja y trabajar en ella, vacía, a despecho de las críticas, bienintencionadas o no,



Willa Cather vista por Sciammarella.

del resto de la familia. Una casa vieja, con su despacho en lo alto, que lo ha acogido durante toda su vida anterior. El símbolo de las casas es evidente: cada una representa un modo de ser y de vivir; St. Peter aprecia viejos valores: el coraje, la nobleza, la resistencia a la frustración, la generosidad..., que serán los que encuentre en Tom Outland; mientras, su familia se interna en el mundo del

La casa del profesor
Willla Cather

Traducción de Manuel Broncano
Cátedra / Letras
Universales
Madrid, 2015
296 páginas. 17 euros

consumo y consiguiente mezquindad que proporciona el dinero.

La Historia de Tom Outland es una pieza autosuficiente insertada en la novela. Está relatada por el mismo Tom y ocupa una pequeña parte del total. Este total sucede en presente cuando Tom ya está muerto y su figura pertenece al pasado; pero Tom recorre toda la novela porque vive aún en la memoria de St. Peter en la medida que representaba los valores que él apreciaba, valores tradicionalmente nobles que el materialismo imperante reduce a dinero y mezquindad. Lo mismo sucede con la decadencia de las nuevas generaciones genialmente mostrada en *Una dama extraviada*.

Pero la historia de Outland encierra el segundo simbolismo. Tom encuentra un asentamiento indio en lo alto de una montaña, en una cueva donde se levantó una ciudad que sigue impoluta, pero vacía. Fue inexplicablemente abandonada de la noche a la mañana y Tom, admirado, se instala allí con su amigo Rod y reconoce una civilización primitiva que le sobrecoge por su organización comunitaria. El simbolismo, que St. Peter capta, es el contraste entre una antigua civilización de alta calidad humana y el mundo deshumanizado del consumo y el beneficio ciego en el que se encuentran viviendo ahora. Cather cierra así el doble círculo de decadencia con una doble historia ejemplar en la que su penetrante mirada sobre la sociedad humana ofrece una reflexión de la más alta calidad literaria sobre el sentido de la vida. •

Eterna perplejidad

Desconcertante en su dispersión, *Cronomoto* es un vehículo para el humor y la humanidad del pensamiento de Vonnegut

Por Patricio Pron

NARRATIVA. "MIENTRAS ESTUVIERA GARABATEANDO su libreta con un bolígrafo y la cabeza gacha, podía olvidar toda la mierda de la vida", dice Kurt Vonnegut Jr. acerca de J. Kilgore Trout: es decir, acerca de sí mismo. Un supuesto encuentro en 2001 le sirve para una conversación con su *alter ego* habitual acerca del "cronomoto" (traducción literal aunque algo cacofónica del *timequake* original), el extraño espasmo del tiempo que tiene lugar el 13 de febrero de 2001 y obliga a los seres humanos a repetir todas sus acciones desde el 17 de febrero de 1991, desde echarse una sopa en los pantalones a escribir un relato, en la novela que Vonnegut, en 1996, a sus 74 años, no pudo o no quiso escribir.

Vonnegut (1922-2007) no pudo convertir su (brillante) idea en una novela; pero, gracias a ello, *Cronomoto* es algo más interesante: un vehículo para el humor y la humanidad de su pensamiento. No importa si el tema es



Kurt Vonnegut. Foto: Oliver Morris (Getty)

el teatro y el destino, la práctica cada vez menos habitual entre escritores de descartar los cuentos fallidos, la psiquiatría, la Segunda Guerra Mundial (que llama "el segundo intento frustrado de suicidio de la civilización occidental"), su hija de 13 años, la (discutible) diferencia entre escritores "martillo" y "flecha", la enfermedad y la muerte de sus hermanos, George Bernard Shaw, el humor a costa de los más débiles

o la amistad, la perplejidad del autor ante el mundo y la vida es la misma que está presente en toda su obra y, como en *Que levante mi mano quien crea en la telequinesis* y otros mandamientos para corromper a la juventud (publicado por Malpaso en 2014), prescinde de una historia para sostenerse.

En ese sentido, *Cronomoto* es un texto heterodoxo y esencialmente digresivo: tiene cuentos magníficos (el de la tripulación de un bombardero estadounidense juzgada por haberse negado a arrojar una tercera bomba atómica, el del descubrimiento del bingó por parte de la jerarquía nacionalsocialista en el búnker de Berlín, etcétera), pero resulta algo irritante en su dispersión y posiblemente sólo sea capaz de suscitar interés en los fanáticos. Sin embargo, es un desayuno eficaz para comenzar un día de platos más sustanciosos como *Matadero cinco* o *Cuna de gato*, esas "peculiares combinaciones horizontales de 26 símbolos fonéticos, 10 cifras y unos 8 signos de puntuación con tinta y sobre pulpa de madera blanqueada y alisada" con las que Vonnegut hizo felices a sus lectores antes y después del seísmo temporal que imaginó y no pudo convertir en una novela.

"Es inconcebible", afirma aquí, "que un mero cerebro humano, apenas un desayuno por perros, un kilo y medio de esponja empapada en sangre, pueda componer por sí solo *Stardust* y, mucho menos, la *Novena sinfonía* de Beethoven"; su consejo es, pues, creer en milagros como el de la palabra escrita. Al fin y al cabo, "todas las personas vivas y muertas son pura coincidencia". •